

MANIFIESTO

Para una prospectiva cultural desde el borde

En 1928 la “Antropofagia”¹ desarticulaba el mundo maniqueo y occidental persistente desde tiempos de la colonia en el territorio americano, rompiendo con el orden europeo, intoxicando la égida de las especulaciones que insistían aún en simplificar lo conflictivo de las culturas, envolviendo los discursos con el consabido manto de las dicotomías entre el bien y el mal, el dominante y el dominado, y sus metáforas. Nacía el monstruo que más tarde se devoraría a sí mismo.

Cuando Oswald de Andrade, entre copas con amigos, balbuceó aquel famoso “tupí or not tupí, that is the question”, que luego plasmara en su “Manifiesto Antropófago”, el chileno Vicente Huidobro ya había hecho su movimiento en torno al tema del “otro” y de “lo escindido” en su poema “Altazor” (1919): “Hace seis meses solamente/ Dejé la ecuatorial recién cortada/ En la tumba guerrera del esclavo paciente”, explicitando una fuga del territorio ocupado por el “mismo” y optando por la experiencia del sesgo.

Lo sesgado, lo diagonal, lo que está en el borde, lo inestable.

En 1939 la desarticulación recibía un nuevo empuje, con la aparición descolgada y genial de Juan Carlos Onetti, quien, pergeñando su propia lectura de las tradiciones y la supuesta uniformidad de la identidad uruguaya, arremetía contra todo y contra todos en ese fragmento de *El pozo* (1939): “¿Pero aquí? Detrás de nosotros no hay nada. Un gaucho, dos gauchos, treinta y tres gauchos”.

Cuatro años después, el pintor, escultor y escritor uruguayo Joaquín Torres García amortizaba, en parte, el gesto “onettiano” y ponía otra vez sobre el tapete el tópico de la polaridad y la diferencia, ilustrando la tensión implícita en toda cultura al dar vuelta el mapa de América del Sur, proclamando “nuestro norte es el sur”, casi simultáneamente con el ocaso de los conflictos bélicos a nivel mundial y los primeros aleteos de la Gene-

1. “Manifiesto Antropófago”, publicado el 1º de Mayo por Oswald de Andrade en el primer número de la *Revista de Antropofagia*.

ración del 45,² inmediatamente previa a la exagerada y torpemente denominada (de) generación del “boom” (en todo caso la explosión era anterior) de la literatura latinoamericana de 1960.³

Ni las polarizaciones fabricadas y estereotipadas de la posguerra mundial, con su “Guerra fría”, con sus amenazas de misiles e ideogramas ya saturándose –incluso si dirigimos la mirada y atravesamos la heroica disidencia de la isla cubana y su revolución–, ni las ficciones históricas, ni las teorizaciones pacifistas, podían argumentar a favor de la representación, o mascarada, de un lugar seguro o estable en la geografía atomizada, semi-derruida y polvorienta del planeta; y menos aún sostener la vieja autarquía del mundo de ideales dividido en dos que el afiche del “estado de bienestar americano” o “*american way of life*”, y muy pronto la fantasía de la “*perestroika*” rusa, diseñaban y rediseñaban, promulgaban y publicitaban con obstinada porfía. Si, como sugirió el filósofo francés Gilles Lipovetsky,⁴ el vacío comenzaba a ocupar el lugar de lo lleno, el resto (o tal vez los restos) no tenía más remedio que emanciparse hacia lo limítrofe, hacia el borde.

Tampoco el ímpetu disco del hippie chic alucinado, neo-sofisticado y “retro-cool” promocionado por los mass media, los escritores de la generación “beat” o la política (y los políticos) acomodaticia de la época, más preocupada por la defensa interestelar, el robo africano de diamantes, el LSD, el juego perverso de la nuclearización o la amenaza de la guerra biológica, con sus enclaves culturales revenidos y manipulables, con sus discursos edulcorados de liberaciones, casaciones, interrupciones, injusticias, espionaje, conspiraciones, maquinaciones y lucha de clases, podía hacer algo más (que distraer) por revertir esa tendencia centrífuga, feroz equilibrista y universo en tensión de la lógica fronteriza.

Lo tenso vive en las fronteras, en el tajo diagonal del borde, en ese espacio donde los individuos y las sociedades conviven con sus conflictividades culturales, ideológicas, lingüísticas, artísticas, literarias; allí donde nada está totalmente emancipado o separado, donde el otro y el mismo comparten miradas y espejos. Invasión, irrupción, interrupción de los confines, usurpación del límite, estrategias de la insaturación del borde. Migraciones, transgresiones, resignificaciones, abducciones, desterritorializaciones; interacción, traslación, distinción, borramiento, palimpsesto, extrapolación; lo diferido, lo sin lugar, lo inconsútil y desaforado mora en el clivaje, sobre el territorio fracturado y fragmentado,

2. Generación de escritores y críticos uruguayos, entre los cuales se pueden contar, a modo de ejemplo: Carlos Maggi, Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal, Carlos Real de Azúa, Carlos Martínez Moreno, Mario Arregui, José Pedro Díaz, Amanda Berenguer, María Inés Silva Vila, Mario Benedetti, Ida Vitale, Idea Vilariño, Liber Falco y Armonía Somers.

3. Julio Cortázar (Argentina), Jorge Amado (Brasil), José Donoso (Chile), Gabriel García Márquez (Colombia), Guillermo Cabrera Infante (Cuba), Carlos Fuentes (México), Augusto Roa Bastos (Paraguay) y Mario Vargas Llosa (Perú), entre otros.

4. *La era del vacío* (1983).

sobre los labios del mundo, sosteniéndose en un equilibrio precario pero decidido, tenso, diagonal.

Quien quiera, y le sea dado recordar, podrá evocar sus experiencias y consentir o no en torno a la certeza o aproximación de estas conceptualizaciones en el contexto de acontecimientos latitudinales latinoamericanos. Podrá rememorar –desde la quimera insólita y contestataria del torpe disidente (entre los cuales se reconoce esta voz), vociferante contra las injusticias de las “democracias híbridas”, economicistas, bancarizadas, en muchos casos meras prolongaciones o apéndices de un cerbero mayor, devastador y global– las apariciones dentro del *underground* cultural bonaerense de los ochenta de la revista *Cerdos y Peces*, o la revolución social implícita en *Cuadernos de Marcha*, en el Uruguay, en los años setenta, y antes *Amauta* en Perú, y *O Homem do Povo* en Brasil, o la mismísima *Revista de Antropofagia*. Todos ellos emprendimientos con un punto en común: la vindicación y el muestrario de las tensiones y los cruzamientos que implican las fronteras discursivas, políticas, literarias, artísticas, las territorialidades ideológicas y culturales y sus límites.

Decir que no hay afuera ni adentro. Todos estamos, somos el borde. ¿Cómo pensar un sujeto sin el “otro”, una cultura sin sus subculturas constituyentes e interactuantes? Somos el archipiélago y la isla. *Outsiders*, borders, *queers*, okupas, marginales, indignados, gente del *downtown*, lumpen, arrabaleros, desclasados, centrifugados, arrasados. Soñamos lo mismo: ocupar el espacio que nos toca en los límites, en el vacío que se ha generado, a modo de supernova, en la geografía fracturada.

Lejos de la idea de activar un canon de lo diferente, un discurso homogéneo o arquetípico del o de lo fronterizo, nuestro territorio analítico es el de la tensión manifiesta en esas diagonales limítrofes, la conflictiva inestabilidad de las culturas, de las disciplinas, de las sociologías, de las ideologías en su interacción con sus zonas de confluencia. De esa heterogeneidad, de esa diversidad, de esa oblicuidad, de ese mestizaje, de lo que hablaba Édouard Glissant en *Le discours antillais* (1981), del conflicto entre la oralidad y la escritura dentro mismo de los límites de la grafía escrita, ese territorio del “otro” en el “sí mismo”, aquello a lo que Gayatri Spivak (“¿Can the subaltern speak?”, 1988) denominaba «la unidad en la diferencia», desde ese lugar sin lugar, constantemente en movimiento, dinámico, nace nuestra patria. “¿Qué patria? Yo no tengo patria”.⁵

Marcelo Damonte.

5. Fragmento extraído de la novela de Jorge Chagas: *La soledad del general* (2001).